



Bestiario Personal

Greta Hernández

Desde muy tierna infancia tengo un gato invisible viviendo dentro de mi pecho. Mamá dice que es asma, que los gatos no pueden vivir en los pulmones, pero ella no siente sus frías patas caminando por mi tórax, ni escucha sus ronroneos. Es él el primer animal que conforma mi bestiario personal.

Los bestiarios fueron los “libros de las bestias”, estaban escritos a mano por los amanuenses e ilustrados por los iluministas. En ellos se narraban las características de la fauna real y fantástica. Los bestiarios de la época medieval contenían mapas de las tierras descubiertas y en los mares que aún no eran explorados se leía “hic sunt sirenes” que en latín significa -aquí hay sirenas-. Se creía que en aguas profundas habitaban todo tipo de seres imaginarios.

Mi bestiario personal lo habitan criaturas que han compartido mi vida, ya sea de forma real, oníricas o ficticias. He aquí un compendio de mi fauna íntima. Me hubiera encantado tener una larga y afelpada cola. ¿Por qué la evolución nos descartó de un rabo largo? Imagínense contar con una y sostenerse del tubo del vagón del metro mientras se lee plácidamente.

Las extremidades también sirven para destruir y yo, nacida bajo el signo de escorpio, me he deleitado pensando en lo bien que me vendrían un par de tentáculos, así como los de un calamar gigante. En mis momentos de furia podría sujetar con mis ventosas los autos estacionados en doble fila que hacen de mi trayecto en bici un sendero más peligroso, o bien, aprisionar humanitos malévolos y arrojarlos al espacio sideral... pero Dios no les da tentáculos a los escorpiones.

Al que sí le dio tentáculos fue a H.P. Lovecraft y lo hizo a través de los relatos contenidos en “Los mitos de Cthulhu”, el dios primigenio que vino del espacio exterior y habitó en la tierra mucho antes que los homines sapiens.

He soñado despierta con su enorme cuerpo lleno de apéndices móviles y su gran cabeza de pulpo escondido en la oscuridad más profunda del océano, esperando su momento para recuperar la superficie terrestre. Otra de las lecturas animalescas que me hizo dormir con una lámpara encendida fue el poema de “El cuervo” de Edgar Allan Poe. En mis delirios oníricos juro haber sido despertada por el ajetreo de unas enormes alas. Nunca lo escuché decir “jamás” sólo aleteó hasta el amanecer.

Quizá algún lector de este artículo padezca de licantropía, pero he de confesar que a mí me sucede lo contrario, incluso, asisto a reuniones anónimas donde comparto mi enfermedad con otras criaturas:

—Hola, soy Penélope y sufro de antropolicandria—.

—Hoolaaa, Penélope —. Las reuniones las precede un tal Boris Vian.

Me gustan los grandes mamíferos. Me gusta proteger a mi manada, generar comunidad, crear espacios donde todos-todas nos cuidemos. Hace muchos años vi una película sueca que se llama Isdraken – El dragón de hielo- dirigida por Martin Högdahl. El filme relata que las ballenas cuando pierden el rumbo y se separan de la manada, cantan para ser encontradas y rescatadas de la muerte. En el año de 2016 perdí mi casa, mi empleo y enfermé de cáncer de mama. Me sentía como una yubarta sin rumbo y temía quedar varada en alguna solitaria playa. Pero entre tanto caos no sabía cómo recuperar el rumbo de mi vida. Tres años después fui a buscar el canto de las ballenas con el deseo de encontrarme con mi yo interno.

Viajé a Nayarit con mi hijo Leonardo, aprovechando la hospitalidad de mi amigo Christian. Antes del amanecer, abordamos una lancha que nos esperaba en el puerto de San Blas. No muy lejos de la costa vimos delfines y cuando mis ojos al otear ya no divisaron tierra nos encontramos con un tiburón ballena. El cetáceo flanqueó nuestro viaje durante varias leguas, incluso se dejó acariciar por mi hijo. Cuando pensé que nuestra búsqueda sería infructuosa, escuché el sonido del agua salada al ser arrojada por el espiráculo de una ballena jorobada. Eran la madre y su cría.



© 95991 **Agencia Casasola**, "Mujer rodeada de Boy Scouts sostiene a un gato", Ciudad de México, ca. 1930. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX



© 20672 **Agencia Casasola**, "Maklen, la gatito, cargando a un perro, recargada en el barandal de su casa, Retrato", Ciudad de México, ca. 1925. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX

El capitán detuvo el motor de la embarcación y dejamos que el oleaje hiciera lo suyo. Entonces, las escuché cantar. Ellas entonaron una dulce melodía y nos mostraron sus aletas pobladas de percebes. —He recuperado el camino— dije para mis adentros y cuando volví al hogar lo hice con la firme determinación de recuperar los espacios que la bruma melancólica conquistó en mi cerebro.

Me gusta pensar que tengo una conexión mística con algunos animales. Hace muchos años la idea de que “un pájaro me buscaba porque necesitaba encontrar un lugar para bien morir” se instaló en mi mente y durante días lo busqué. Removí las plantas de casa de mi madre, creyendo que la avesucha estaría escondida a la sombra de las galateas, hasta que una tarde, al abrir la puerta para recibir al cartero, encontré a una tortolita acurrucada a los pies del gran pino que custodia la entrada. —Esperaba tu llegada desde hace varios días—, le dije con tono maternal. La tomé entre mis manos, la acomodé en una caja y la puse al sol matutino. Antes del anochecer la tortolita murió. No lloré por ella, la enterré al pie del árbol de Noche Buena que da a la ventana de la habitación de mi madre y le agradecí el honor de venir a morir conmigo.

Muchos, muchos años después, ya con Leonardo en mi vida, al bajar del auto miré un ave que, espantada e indefensa, buscaba un espacio seguro sobre la banqueta. Como pude la envolví con mi suéter, la llevé a casa y la puse dentro de una caja de zapatos. A la mañana siguiente el hijo se despidió de la zenaida con un mar de lágrimas, sabía que a su regreso ya no la encontraría. Le mentí diciendo que al medio día la llevaría al veterinario. Él se fue a la escuela con un rayo de esperanza y yo me quedé con su tristeza.

Examiné sus alas y una de ellas tenía un gran mordisco. “Qué te hicieron, amiguita” pregunté y volví a ponerla en su improvisado nido. El reloj marcaba las 8:00 am y el veterinario abría el consultorio dos horas más tarde. Encendí a Hécate (la Mac), coloqué al pájaro bajo el rayo solar y me puse a escribir: “La historia de amor y desamor entre el Hombre del Sombrero Pardo y la Mujer de los Ojos Amarillos”.

A media escritura, la columbina se enderezó y agitó las alas. Feliz, corrió a la cocina, en un molcajete trituré arroz y regresé con la paciente.



Pero el ave había muerto. El agitar de alas fue señal de estertor, no de vida. Me sentí culpable por abandonarla en el momento que moría. Escarbé un hoyo en la jardinera y allí, rodeada por varas de romero y lavanda, allí donde los tréboles de tres hojas expandieron su imperio, allí quedó su cuerpo. Para el hijo fue otra historia: después de que el veterinario la tuvo tres días bajo su cuidado me llamó para informarme que recuperó la salud, pero al regresar a casa, el pájaro agitó las alas y voló hasta perderse en la sábana azul del cielo.

Otros animales con los que a menudo comparto el hogar son las arañas. Envidio el silencio reina en su espacio. En mi antiguo departamento pegué en el techo de la recámara un sistema solar de plástico que brillaba por la noche. El pasado mes de septiembre una enorme araña se instaló en el marco de la ventana de mi recámara. Su intrincada red iba de una esquina al bonsái y de allí a distribuidores viales que se extendían por distintas ramas. Al principio me asusté y mantuve la ventana cerrada. Rastree su aspecto en internet hasta que di con una imagen similar a ella: era una araña encaje. Parecida a la viuda negra, pero inofensiva. El portal, especializado en arácnidos, mencionaba que se aparecían cuando su hogar había sido devastado por la lluvia, o que buscaban compañero. Sí muerde, pero no pasa de una hinchazón, leí.

—Mmm, bueno, pensé —, si me muerde, podré vivir con un ojo inflamado...y nos convertimos en roomies.

Por las mañanas, al abrir las cortinas, lo primero que miraba era la panza abultada del artrópodo, confieso que su aspecto se imponía, pero está más que comprobado que los humanos somos más destructivos que cualquier animal. Durante el otoño me aseguré de tenerle una tapita con agua, intenté cazarle moscas, pero fallé en todos los intentos por colocar los inertes cuerpos en los hilos de su telaraña orbital.

El día de muertos el firmamento se tiñó de sangre, tal como le gusta al Señor del Mictlán. La escena era majestuosa: mi araña en primer plano y de fondo el imponente cielo rojo. Tomé el celular y con mano temblorosa alargué el brazo hasta quedar a unos centímetros de su cefalotórax, pedí a los dioses del inframundo para que, además de que ella no saltara sobre el brazo, los 10 segundos del temporizador fueran suficientes para crear la imagen. El resultado fue magnífico.

Sin embargo, una mañana de diciembre no la vi como tampoco al siguiente día. Miré en todas direcciones y la descubrí echa bolita en el ángulo superior de la ventana, pensé que dormía o que estaba haciendo nido. Así estuvo un par de días y luego, así como llegó, desapareció. La extraño, realmente la extraño.

Cuando era niña tuvimos conejos, empezamos con dos y en un parpadeo eran ocho, luego veinticuatro y así hasta que conté cien. No los vomitaba, como relata Julio Cortázar en su cuento "Carta a una señorita en París", simplemente parpadeaba y las orejas largas se multiplicaban, de seguro eran menos de cien, pero mis habilidades numéricas no estaban del todo desarrolladas a esa edad. Mi favorito era un conejo negro. Me gustaba sentir dentro de mi camiseta su peludo y suave cuerpo moverse por mis costillas y acurrucarse en la barriga.

Luego de un par de años murieron vertiginosamente. Papá cuenta que quizá alguna paca de alfalfa debió estar infectada. Una semana después, la única sobreviviente era la madre y mis padres decidieron comerse la. Me encerraron en la habitación para que no viera la escena,



pero se les olvidó que desde mi ventana pude ver el lavadero donde mamá le quitaba la piel. En la comida me dijeron hasta el hartazgo que no era conejo, que era pollo. Yo no probé ningún bocado y desde entonces no como conejos. Tampoco como lechones, ni terneras. Y aunque me encante la proteína animal, no como ninguna cría.

Mis raíces provienen de familias que vivieron del ganado, en mi infancia eran común convivir con animales de granja. A mi abuela paterna le gustaba comprar un guajolote en septiembre y engordarlo para ser devorado en Navidad. Tendría menos de 8 años cuando me tocó ayudarla con el rito. Mi tarea fue, como de seguro le ocurrió a ella a la misma edad, sujetar el cuello del pavo. Con el machete, mi abuela Rafaela rasgó la luz oblicua de la mañana y degolló al animal. Miré la cabeza sobre el tronco de madera. Sus ojitos aún parpadeaban. Yo le pedía perdón por ser tan bello aún en su muerte. Giré la cabeza y miré una escena que mi memoria no ha podido diluir: la médula del animal se irguió en sus dos patas, caminó un par de pasitos sobre el patio y cayó sobre las hojas marchitas del pirul. Cada 24 de diciembre se repetía la escena y yo, en primera fila, estaba lista para interpretar mi papel.

© 28183
Agencia Casasola,
*"Hija de Carlos Recamier
con su gato en un jardín",*
Ciudad de México, ca.
1930. Colección Archivo
Casasola. SECRETARÍA
DE CULTURA. INAH.
SINAFO.FN.MX



© 339255 **Colección SEMO**. "Nini Marshall con su mascota, Retrato", Ciudad de México, ca. 1950.
FOTOTECA NACIONAL-INAH. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH.SINAFO.FN.MX



© 97409 **Agencia Casasola**, "*María Conesa, Retrato*", Ciudad de México, ca. 1925. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX

La tía Esperanza vivía al lado de mi casa y a ella le gustaban las palomas, había tantas en su patio que, cuando les arrojaba alpiste, el cemento se cubría de una estampa moteada. Por las noches dormían en el chiquero, un espacio donde se hacinaban los objetos que ya no cabían o no se quería dentro de la casa. Una mañana, tía Esperanza descubrió un par de aves inertes en sus nidos y sin cabeza, en los días consecutivos sucedió lo mismo.

– Debe ser una rata –, dijo y se puso a escombrar el cuarto. Recuerdo que ese día no fui a la escuela porque tuve vómito y mamá me dejó con ella.

Sacamos botes viejos de pintura, cajas de madera, mastique, cal, herramientas inservibles y de pronto, al intentar mover un saco con estopa algo arañó el yute. Aterrorizada, observé a la tía, —llámale a tu primo Juan —, ordenó y salí disparada. Los pocos metros que me separaban de la casa fueron suficientes para que en la imaginación creciera un amorfo animal que corría con sus enormes patas detrás de mí. El suéter se enganchó en el cancel y grité desesperada creyendo que me habían atrapado. Desgarré la prenda y me resguardé en los brazos de mi enorme primo Juan.

Nunca vi a la rata devoradora de cabezas, pero la hembra muerta en manos de la escoba de Juan dejó en orfandad a decenas de ratitas que metieron en un bote de leche. Me dejaron ver sus rosadas pieles con sus ciegos ojos retorcerse en busca del calor materno. Le pedí a mamá que me dejara criarlas. Mamá empalideció. No supe qué fue de ellas y prefiero no saberlo.

Mis primos tenían una salamandra en un gran tambo con agua. Pocas veces me dejaban echarle un vistazo, me atemorizaban diciéndome que si metía el dedo ella me mordería. Era un anfibio fascinante, pero vivió poco tiempo.

Papá tiene un taxi en el aeropuerto. Recuerdo que hace muchos años, llegó con un ave que me espantó a más no poder: era un búho. Dijo que lo rescataron de alguna pista de carreteo, no sabían qué hacer con él y papá, que se le da la simpatía por los seres desamparados, lo llevó a casa. Le dieron todo tipo de carne, pero el señor búho no quiso

probar bocado alguno. – Debe estar acostumbrado a cazar su propia comida – dijo mi madre y allí comenzó mi pesadilla. Le mandaron construir un palo vertical, con una base y lo colocaron a un costado del baño. ¡A UN COSTADO DEL BAÑO! ¿Cómo se supone que iba a entrar en la noche sin que él me atacara? No sé por qué le temía, pero maldecía cada vez que despertaba con deseos incontenibles de liberar la presión de la vejiga.

Primero, sacudía a mi hermana Alin para ver si despertaba y me acompañaba, pero era un intento fallido, después atravesaba la recámara de mis padres y cuando abría la puerta ¡zas! Allí estaba el temerario búho, corría al baño, sin hacer contacto visual y me apuraba a cerrar la puerta. El peor escenario era cuando no estaba donde debería estar. En esas ocasiones, luego de regresar a toda velocidad a la cama, soñaba que me perseguía hasta tomarme por los hombros con sus garras. Despertaba bañada en sudor cuando el ave me soltaba. A las pocas semanas el estrígido murió. Papá dijo que quizá llegó enfermo.

A los únicos animales que he matado sin motivo alguno es a las cucarachas y a un ratón. En la época que sucedió la historia con el roedor, Papá y mamá discutían mucho. Él se fue un tiempo de casa. Siendo la primogénita y por un absurdo impulso, asumí que yo debía convertirme en “el hombrecito de la casa que debía cuidar a mamá y a mis dos hermanas”, así que, cuando el roedor quedó atrapado en el baño, asumí que era mi responsabilidad deshacerme de él. Le pegué con la escoba hasta terminar con su vida. Al ver su diminuto cuerpo lloré y me acurruqué en una esquina de la regadera. No quería cuidar a mamá, ni a mis hermanas y, sobre todo, no quería volver a matar a ningún animal. Desde entonces, no lo hago, ni siquiera a las cucarachas. No por miedo, sino por respeto, después de todo, ellos han habitado estas tierras mucho antes que nosotros.

Paramahansa Yogananda, un indio que trajo al continente americano la ciencia del Kriya Yoga, asegura que, cuando hacemos meditación, hay que hacerlo en compañía de las mascotas para que en otra vida reencarnen en humanos y su karma sea más llevadero.

Página siguiente arriba

© 151575

Agencia Casasola,

“Esposa de Luis Moreno Irazabal sentada en un sillón con sus mascotas”,
Ciudad de México, ca.
1940. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX

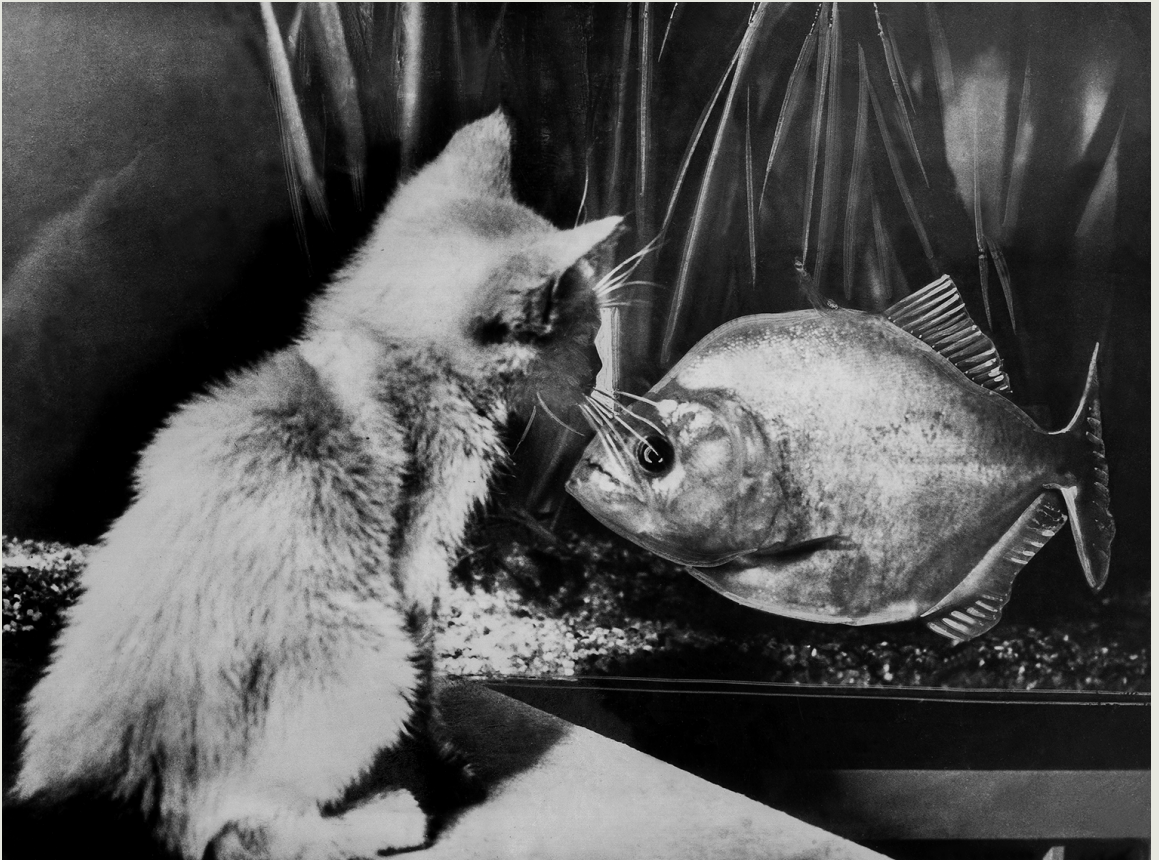
Página siguiente abajo

© 160143

Agencia Casasola,

“Damas de clase alta sentadas en una banca de parque con sus mascotas”,
Ciudad de México, ca.
1925. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX





Página anterior arriba

© 23052

Agencia Casasola,

"Miguel Necochea, reportero cargando a su mascota junto a la entrada de una oficina", Ciudad de México, ca. 1920. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX

Yo no siempre creo en la reencarnación, tampoco sé si ser humano sea la mejor opción, pero a Daniel, mi Beagle de 12 años al término de cada meditación le digo "Daniel, recuerda que tú eres un perro muy amado. Si en tu próxima vida encarnas en humano, recuerda buscar a personas que te amen, ámalas y mantenlas en tu vida. Como yo hago contigo. Te prometo que, no importa si reencarno en brócoli, en caracol o en isla marina, voy a buscarte y volveremos a ser los camaradas que somos ahora".

Página anterior abajo

© 789140

Autor no identificado

"Gato observa a un pez", Ciudad de México, ca. 1955. Colección Revista Hoy. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX

Cuando él llegó a mi vida, lo tomé por su carita y le dije "tengo un gato invisible en el pecho que no me deja respirar, si a veces no quiero tocarte, no es nada personal. Te prometo que me voy a encargar de hacer tu estancia en mi vida lo más feliz posible".

Y desde entonces, no hay ni un sólo día que no me empeñe en hacerlo.